

DON QUIJOTE Y NUESTRA TIERRA

¿Por qué el genio cervantino eligió nuestra tierra para situar en ella las aventuras de Hidalgo Caballero en la novela más genial que han conocido los siglos? Varias razones encontramos para esta elección. En primer lugar, Cervantes conocía muy bien esta tierra debido a sus continuos viajes desde Madrid a Sevilla, en una ruta que, por su cargo de proveedor del ejército recorrió muchas veces durante los años en que escribe *El Quijote*. A Cervantes le gustaba siempre situar sus novelas en lugares conocidos e incluso frecuentados por él. En segundo lugar, nuestra inmortal novela es un viaje constante de sus protagonistas, y Cervantes necesita grandes espacios rurales sin grandes ciudades, sin muchos pueblos organizados. Podríamos decir que se trata de una novela de campo abierto, de amplios horizontes. El autor tiene de La Mancha la idea de un largo viaje, que además es la zona intermedia entre la zona literaria central en torno a Madrid y Toledo y la zona literaria andaluza en torno a Sevilla, Córdoba y Cádiz. Existe otra tercera razón que puede resultar discutible, pero que puede tener su importancia. La Mancha es tierra de población rural, con pocos nobles, con pocos hidalgos, sin centros culturales importantes en aquella época. Si los libros de caballerías nos hablaban de héroes de gran belleza con nombres exóticos y de gran resonancia como Amadís de Gaula, Amadís de Grecia, Palmerín de Inglaterra, Cervantes que adopta una forma paródica de las novelas caballerescas, es probable que quisiera dar a sus héroes nombres humorísticos y señalar que no son de lejanas y exóticas tierras, sino de una tierra más propia de rústicos aldeanos que de auténticos guerreros, una tierra de honrados labradores, concreta, real y cercana, nada sofisticada. En las teorías de Américo Castro esto guardaría relación con algunas seguidillas manchegas que no voy a reproducir aquí, porque excedería el espacio de este trabajo. Sin embargo, hay que señalar que algunos falsos eruditos, más que verdaderos estudiosos de la inmortal obra, han atribuido la elección de La Mancha por la abundancia de moriscos, teoría que no me parece interesante ni digna de comentario.

Después de todo, la cumbre de todas las novelas está ahí, ubicada en una tierra amiga, de honrados castellanos, tierra de sol y de amplios horizontes, de una gran perspectiva, con espacios maravillosos como sus Lagunas de Ruidera y salpicada en aquella época de numerosas ventas que daban cobijo al viajero, en ese camino que tantas veces recorrió Cervantes y que sin duda se alojó en alguna de las ventas que cita en su novela, como la de La Inés, ya en el Valle de Alcudia, zona intermedia entre La Mancha y Andalucía.

Para ser el que el *"lugar"* de La Mancha del que Cervantes no quiere acordarse no es otro de Argamasilla de Alba, según muy fundadas investigaciones, cosa que no duda en modo alguno los Académicos de Argamasilla, que defienden con pruebas contun-

dentes que fue su pueblo el punto de partida de nuestro Hidalgo, en su primera salida, sin escudero todavía. Podemos establecer un itinerario, teniendo en cuenta los lugares que cita el autor con su verdadero nombre.

* * *

La Mancha es tierra de sol y de viñedos, de rubios trigales que alabea doradas espigas cuando la primavera quiere hacerse fruto y el verano, torrente de sol y de canícula, nos advierte que va a llegar muy pronto para madurar racimos de esperanza y frutas en sazón, para refrescar el cuerpo y el alma de los excesos del calor, para sentarse a la mesa y compartir la hogaza de la amistad y un trago refrescante de la bota.

La Mancha es doncella siempre fiel de viñedos y olivares, de rastrojeras y barbechos que han padecido a lo largo de la historia un secular olvido sobre su piel labradora reseca y agotada de sed y de abandonos. Yo te he visto mostrar en tus mejillas una vieja tristeza inconsolable, un antiguo poema dolorido, cuando el filo de la helada descarga sobre tu suelo el desgarrón del frío penetrante.

El nombre de esta tierra nuestra multiplica sus deseos y su voz de siglos y quimeras repica en las conciencias como un escalofrío el alma adentro. Pero tu piel alumbra también conjuros de azafrán y arcilla en medio de tu piel, siempre a la espera de esos besos del agua redentora que no acaban de llegar nunca.

Son tus noches espejos de estrellas y una luna de cobre acariciando tus lomas y llanuras entre conciertos de grillos y luceros. Y nos hablas a todos de vendimias por tu vientre más dulce, del clamor del surco herido, de geranios incendiando tus fachadas de cal resplandeciente y del frescor de zaguanes con enredaderas que refrescan como un bálsamo en jornadas de estío soñoliento.

Tu voz reivindicativa es clara como la brisa trasparente y pura arrodillada al alba, junto al nido de una alondra de musical poesía, coronas y racimos de poemas que tus hijos poetas te dedican como a una novia núbil para llevarla al altar.

Quisiera abrazarte toda, preguntarte por dónde escalaría hasta tu íntimo anhelo, por qué lindero azul hasta tus ojos de mítica aldeana, por qué camino abierto hasta tus hontanares más prístinos y auténticos. ¿Cuál será tu estela de amor para el fecundo encuentro en la paz germinal de tu horizonte?

Respondes con silencio, muy despacio, a través de tantos siglos de espera insostenible en tu mirada insomne de aquellos estivales trillos dando vueltas, como una barca circular, alrededor de la parva interminable. Hoy quisiera anidar en la esencia de tu alma con mi palabra humanamente sentida, para contemplar tu sonrisa campechana y el latido de tu corazón extenso y generoso.

Quién pudiera escalar tus alcores de cierva concebida y uncir mi corazón con tus razones, con la granazón de tu sabiduría campesina, esa filosofía de tus hombres senci-

llos y la mies palpitando en tu regazo, un búcaro de sol en tu mirada y el corazón ungi-
do en azahares, mientras vas enarbolando tus blancos molinos como veleros en el mar
de la esperanza, con palomas en sus aspas. Voy a brindar contigo por tu suerte con un
vaso de vino de tu entraña temblando entre mis dedos y los versos brillando en tus cade-
ras para pedirle al tiempo que te traiga esa prosperidad que te mereces. Aquí sello mi
pacto con tu altura para que seas feliz y un día podamos, con todo el repertorio de tu
rico folclore, vestidos con el traje de la tierra entonar una bella melodía de símbolos
manchegos.

Luis García Pérez